

Curso: "El maltrato a la mujer" 2019

Clase de clausura:

"El deseo femenino y el cambio social"

A lo largo del curso que termina hoy, quedó claro que:

El maltrato a la mujer no puede justificarse por una patología de la víctima.

El supuesto masoquismo femenino no explica nunca el maltrato. El masoquismo no forma parte del ser femenino en particular. Eso no quiere decir, que su posición subjetiva no pueda ser masoquista, como la de cualquier otro sujeto

Las mujeres no son en sí mismas masoquistas pero al no estar amenazadas por la castración, como sí lo está el hombre, pueden ser mucho más decididas e ir más lejos que los hombres en el campo del amor, es decir, pueden hacer más concesiones.

El aumento del maltrato a la mujer no se puede explicar ni con la clave de un masoquismo supuestamente femenino ni con su reducción a producto de un llamado discurso machista. Los llamados discursos machistas han ocupado gran parte de la historia de la humanidad y siguen ocupando un lugar. Si bien son cuestionables, no se puede decir que sean criminales en sí mismos.

El maltrato a la mujer sí que es producto de la cultura, pero de la cultura en sentido amplio, tal como la analiza Freud en su texto del Malestar en la cultura

En este texto concluye que el malestar tiene una causa muy concreta:

La instancia superyóica que está en todo sujeto.

Esta instancia se construye con la pulsión de muerte, pulsión que da cuenta de la agresión de un sujeto contra el semejante y contra sí mismo.

Si no damos a un lugar a la pulsión de muerte, en la explicación del maltrato, caeremos en las banalidades del discurso común, alejándonos del discurso analítico creado por Freud.

Por eso, el psicoanalista, que debe estar en su época, tiene también que estar atento a cómo la época puede arrastrarlo, para no caer en la autopista del discurso corriente.

El maltrato de la mujer nos sitúa en el campo del sexo: del deseo, del goce y del amor, campo en el que la intrincación (mezcla) pulsional de Eros y Thanatos es fundamental.

Desde Freud quedó clara la articulación entre el inconsciente y el sexo y esto nos obliga a pensar la lógica propia de dicha articulación más allá de cualquier ideología.

El dispositivo inventado por F, permite escuchar a los sujetos sin la presión social.

Lo que escuchamos, entre otras cosas, es que los asuntos del amor no van bien, independientemente de que la elección de objeto sea homo, hétero u otra.

Ese no ir bien va desde las formas leves de discordia, que pueden ser asumibles, hasta el maltrato que puede acabar en crimen. O, incluso, al crimen sin haber pasado por un maltrato previo.

Si bien la falta de armonía en el terreno sexual, no es cuestión de discurso, ya que es estructural, sí que es cosa de discurso el ponerle cierto remedio.

Este remedio fue dispar a lo largo de la historia y llegados a la actualidad vemos las dificultades con las que se encuentra el discurso capitalista, discurso sin cabeza visible que normativice, a no ser la norma del mercado a la que todo se supedita y que causa estragos.

Un discurso, que más bien es la perversión del discurso del amor, difícilmente podrá encauzar el malestar.

Es interesante, para nosotros, preguntarnos por un decir que se deriva de los decires de maltratadas y maltratadores que es el siguiente:

“ En nombre del amor se maltrata y en nombre del amor se dejan maltratar”

Esta decir, deja traslucir la cara oscura del amor, su lado mortífero en el que la pulsión de muerte puede encontrar terreno abonado.

Hoy nos vamos a ocupar del amor, del deseo y del goce y, en particular, del deseo femenino.

Freud escucha a las mujeres pero no escucha ningún decir sobre su deseo específico.

La experiencia del psicoanálisis en Freud, se detiene en un punto de incompletud sobre la cuestión del deseo femenino, y de ahí su pregunta ¿Qué quiere una mujer?

Para Lacan ese silencio sobre el deseo femenino es un silencio que no es debido a la impotencia del psicoanálisis sino que es debido a la imposibilidad, la imposibilidad de decir el goce propio de La mujer.

Imposibilidad derivada de la falta de un nombre que lo diga.

El discurso analítico no apunta a encontrar el significante que nombre el goce de La mujer, no apunta a conseguir el universal de La mujer sino a poner de relieve la particularidad del goce de una mujer y hoy hablaremos también de su papel benéfico para la civilización.

El psicoanálisis diferencia entre el campo del sujeto, campo de la igualdad, igualados todos por el efecto de pérdida de goce que genera de lenguaje. Todos iguales, independientemente del sexo, la raza o la religión.

Diferencia este campo del sujeto que es para todos, del campo del goce que es particular para cada uno.

En este campo del goce, la paridad de goces, paridad a la que empuja el discurso capitalista, no es lo deseable.

Porque dicha paridad rechazaría un real que hay que asumir y no forcluir

En el campo del goce, es peligroso soñar con la desaparición de la diferencia entre hombres y mujeres. Es peligroso porque velan la disarmonía, las dificultades en la articulación del goce entre los dos sexos..

Éric Laurent, en su texto :”El psicoanálisis y la elección de las mujeres”, nos dice que más allá de las diferencias que puede haber entre el fundamentalismo oriental y el liberalismo occidental, hay algo común y es el empuje a la universalización de la mujer.

Del lado oriental mediante el velamiento uniformante de las mujeres, en las diferentes versiones del velo, total o parcial, detrás del cual se encontraría la supuesta mujer.

La tentación de occidente es más bien, la de apoyarse en el discurso histórico, con la promoción del universal de La mujer para no captar las condiciones de goce de una mujer condiciones que no responden a ningún universal.

Comencemos por el principio:

¿Qué nos dice el psicoanálisis acerca del deseo?

Lo que nos dice es que ningún ser hablante escapa al deseo. Es una consecuencia del efecto que tiene el lenguaje sobre el ser humano.

Este es un efecto de sustracción de goce, por lo tanto de falta, falta que se transforma en el motor para la recuperación de lo sustraído. A eso le llamamos deseo.

El deseo para el hablante es más bien un destino y no una elección.

Situamos en el principio de todo deseo, una falta que mueve a desear, que mueve a la recuperación del goce perdido. Pero el asunto es saber cual es el objeto específico, es decir, saber qué es lo que se desea.

¿Cómo hacer de un objeto del mundo la causa de su deseo? O sea, cómo encarnar esa falta ocasionada por el lenguaje en un objeto y así poder ir en su busca.

Entonces si hablamos del deseo de la mujer no nos referimos a aquello que lo causa que es la falta de goce para todos sino al objeto que podría encarnar dicha falta

Si bien en el lenguaje vemos la causa del deseo para todos, C. Soler nos dice que el efecto de la lengua tiene un impacto diferencial según se sea hombre o mujer.

Hoy sabemos que la anatomía no es el destino puesto que podemos cambiarla. Sin embargo, no siendo el destino, condiciona el primer decir que viene del Otro.

¿Cómo lo hace?

La naturaleza dota a unos seres de pene y a otros no. Frente a lo que es un hecho de naturaleza, el Otro que nos recibe al nacer (o antes, frente a una ecografía) dice: “tiene pene, es un niño”, “no tiene pene, es una niña”.

De esta manera, este órgano se convierte en un significante para designar el sexo. Alrededor de un solo significante, el falo, y no de dos, se sitúa una diferencia sexual.

Por el efecto del decir, el tener anatómico pasa al ser.

Pero además, al decir “ es niño o es niña” se añaden luego todas las ideas, tanto culturales como familiares, de lo que se espera de él como niño o niña.

En ese decir sexuante que viene del Otro, no hay elección del sujeto.

Es un decir que se impone al niño, y, al imponérsele, se ubicará, como pueda, en él. Éste decir es anterior a toda elección subjetiva e independiente del discurso (hasta ahora). En este nivel no hay elección, en este nivel se podría pensar la anatomía como destino.

El decir paterno da al sujeto una identidad sexual que es anterior a la elección del sujeto de su modo de goce.

La verdadera sexuación pasa por la elección particular de cada uno a partir del encuentro del sujeto con la sexualidad.

En resumen:

Hay dos anatomías, correspondientes a dos organismos diferentes, pero un solo significante en el lenguaje para las dos.

El decir parental fabrica una pre-identidad sexuada, que es anterior a cualquier experiencia del niño con el sexo.

Pero será a partir de esa experiencia del encuentro del niño con el sexo cuando éste realizara su elección de goce.

Esto quiere decir que el decir primero hace al niño y la niña pero no hace ni la virilidad ni la feminidad.

Para acceder a la virilidad, Lacan plantea la necesidad de una castración simbólica, para el niño ya que el niño obtiene el falo del decir primero, es necesario que lo pierda.

Pero ¿necesaria para qué? Para asegurar que el deseo se dirija a otro objeto que no sea el propio falo, un objeto que pueda suplir la falta originada por el lenguaje, que no es otra que la falta de relación sexual.

Esta castración, que no es de estructura, que no es para todos, que es una elección, es una desposesión simbólica del

significante fálico con el que fue dotado el niño al principio. Es necesario introducir una falta para lanzar el deseo propiamente sexual, pues si no es así se conformaría con el goce masturbatorio, con la satisfacción autoerótica.

Y esto es así porque, a falta del instinto sexual que anudaría macho y hembra con la finalidad de propagar los genes para el mantenimiento de la especie por medio de la reproducción, es necesario suplir ese instinto que no hay por otra cosa que consiga la misma finalidad.

Lo sabían muy bien los autores del mito bíblico de los orígenes al hacer dos relatos diferentes de la creación.

El primero, un relato armónico, en el que Dios crea al varón y la varona, por lo tanto responde a una simetría, y el segundo en el que crea al hombre y le sustrae un trozo de cuerpo, la costilla con la que da forma a la mujer. Ahí ya no hay simetría.

A partir de ese momento hace de la mujer lo que le falta al hombre. Es decir que hace de la mujer el falo a recuperar. Se encarna en la costilla el objeto a recuperar y por tanto el objeto de su deseo.

La mujer es el objeto de deseo del hombre. Aunque para ello hubo que forzar un poco las cosas.

Así pasamos del decir primero: “la mujer no tiene falo” a, la mujer es el falo.

A ese forzamiento le llamamos función fálica.

Ya es un tiempo segundo en relación al decir primero.

La función fálica es entonces la función que suple la no relación sexual.

Entonces:

El falo es atribuido al niño porque tiene el órgano, pero esto no nos dice nada de su uso posterior en la sexualidad.

Para el hombre la castración libera el deseo hacia el partenaire: “no hay virilidad que no sea consagrada por la castración”. Castración que le permite el acceso a una mujer

(no cualquiera), pues solo perdiendo el falo, puede hacer de una mujer ese falo perdido a recuperar.

Pero no hay suplencia de una posible relación entre los sexos si la mujer no consiente a ocupar ese lugar de falo.

Pero consienta o no, ese consentir no dice nada acerca de su deseo propio porque consentir no significa desear.

Habíamos dicho que hay disimetría con respecto a las mujeres, para ellas no es necesaria la castración. No tiene ni el órgano real ni el simbólico: el significante. Por lo tanto, no es posible la castración de lo que no tienen, castración que recortaría, como en el hombre, el objeto a recuperar: el falo perdido.

Su ser mujer pasa por el no tener lo que la defina como mujer, y el deseo propiamente femenino tomará la dirección que marca esa ausencia, la ausencia de un significante que le diga qué es ser una mujer.

Sabemos que ese es el principal reproche que se le hace a una madre, el no haber dicho a la niña qué es ser una mujer, reproche que se reformula de diferentes maneras.

Freud formula este reproche de la niña a su madre como el reproche de no haberle dado el pene. Lacan nos dice que el reproche de la niña a su madre es el no haberle dicho, enseñado: “qué es ser una mujer”. Y a esta relación entre la madre y la hija la llamaré “estrago”.

¿Qué quiere una mujer?

Es la pregunta que F deja en suspenso.

Tiene claro lo que el hombre quiere: el hombre quiere recuperar la costilla sustraída.

Pero ¿y la mujer a la que nada le fue sustraído?

A ella no le falta nada, una vez creada nada se le ha arrebatado ¿entonces? ¿Qué pone ella en el lugar de la falta para que el deseo tome una dirección hacia un objeto?

Si bien Freud nos deja abierta la pregunta por el deseo de la mujer, al principio había dado una respuesta clara: la mujer quiere ser amada pues siendo amada tiene posibilidades de obtener el falo que no tiene, por procuración. Pero los años de clínica y estudio le llevan a plantearse que no está tan claro que quiera solo eso. En los años 30 Freud reabre la pregunta que contrasta con la supuesta determinación del deseo femenino de querer ser amada.

La pregunta de Freud: ¿Qué quiere una mujer? es una pregunta por el deseo de la mujer en el campo cerrado del deseo sexual y no en otros ámbitos en los que el deseo de las mujeres puede ser muy decidido y efectivo como podemos comprobar cada día.

Lacan toma a su cargo la pregunta abierta y no cerrada por Freud. Pero su respuesta no es una respuesta que diga lo que quiere La mujer como totalidad sino que es una respuesta para cada caso, es decir, una por una. No hay respuesta universal

Para llegar ahí Lacan reformula la diferencia de los sexos. No se trataría tanto de tener o no tener el pene, sino de situar dos lógicas diferentes para cada sexo: Hay sujetos que se sitúan del lado de lo universal: los que se hacen llamar hombres, y sujetos que se sitúan del lado de lo particular: los que se hacen llamar mujeres.

Si decimos sujetos que se hacen llamar hombres o mujeres, es para señalar que el hacerse llamar hombres o mujeres no depende del sexo biológico sino de una elección. A los situados del lado universal les corresponderá

un tipo de goce acorde con lo universal: un goce todo fálico. A los situados del lado de lo particular les corresponderá un tipo de goce acorde con lo particular: un goce no todo fálico, que llamará suplementario.

Estar del lado de lo particular en el no- todo quiere decir que, además del goce fálico, que es el goce castrado por el efecto de lenguaje, se goza de un suplemento que no pasa por la castración del lenguaje. Ese gozar de un suplemento, dio lugar al mito de que la mujer goza más que el hombre. Pero cuando estamos en el terreno del no-todo, no hay medida posible. La medida y cuantificación solo se da en el campo del todo fálico.

El problema del goce suplementario es que al no pasar por el significante no se puede decir, ni se puede saber, solo se experimenta.

Los sujetos se diferencian como hombre y mujer por el goce sexuante de sus cuerpos: todo o no todo fálico.

El goce fálico es el goce incompleto, castrado que incluye la falta en gozar en el goce mismo.

El goce no-todo fálico quiere decir, que es un goce que no cae todo bajo la castración. Pero no quiere decir que sea completo. No hay completud para aquel que habla.

Pero este goce, si bien no está afectado por la castración del lenguaje, se anuda con el lenguaje.

No es tan independiente del lenguaje como parece pues tiene un lugar en lo S, pero es un lugar que hace agujero.

Como imagen el queso gruyere se presta a representarlo:

En el queso gruyere el agujero no es queso pero forma parte del queso.

O como en las rosquillas. No hay rosquilla ni queso sin agujero.

Este goce hace agujero en el saber inconsciente.

¿Qué pueden querer las mujeres cuyo goce es no-todo fálico pero que participan también del goce fálico?

Del lado del todo fálico quieren el falo que no tienen, y ahí no se diferencian del hombre, aunque en el caso del hombre ese falo es la mujer mientras que en el caso de la mujer no será el hombre sino su pene fetichizado, órgano erecto.

¿Por qué el órgano erecto?

El órgano erecto es el representante del deseo masculino, por lo tanto quieren su deseo, eso que las convierte en falo, dándoles una identidad. A falta del universal de la mujer, ser la mujer de un hombre.

No busca, como el hombre, algo propio y perdido sino el don de lo que no tiene.

Pero hay una parte de libido que se dirige hacia otro lugar, pues no toda está concernida en el goce fálico. Esa parte se dirige hacia el agujero en el Otro, hacia el agujero en el queso donde solo hay vacío.

El deseo que se dirige a lo que falta en el Otro, y que sería lo propiamente femenino, no inscribe nada. Es un deseo que se dirige a un vacío.

Es el deseo, dice Lacan, de un bien cuya causa no es un objeto. Es del orden del infinito. De ahí que el goce de La mujer tenga que ver con la infinitud.

Entonces lo que especifica al partenaire específico de la mujer, es un agujero, es el agujero en el Otro del lenguaje que hace de ella Otro: la diferente.

Su deseo se dirige hacia algo que le diga qué es más allá de la falta fálica. Persigue su identidad de mujer, el significante que diga La mujer.

El deseo de la mujer, entonces toma dos direcciones, la que va hacia el falo y la que va al agujero del Otro. Van hacia ese

agujero en la esperanza que ahí aparezca el saber, el saber lo que es una mujer.

Entonces un sujeto que se propone ser llamado mujer no puede reivindicarse como la igual en falicismo sexual, sino, al contrario, como la diferente.

Freud se queda en la dimensión fálica: la mujer quiere el falo. El aporte propio de Lacan, fue ir más allá de ese falo. Y eso fue posible gracias al apoyo que tomó en la lógica del lenguaje.

Para la mujer a su relación con el hombre y el falo se añade un suplemento, la relación con S(A/). Se puede leer como una intención del goce otro que falta en el Otro del lenguaje y que lo descompleta.

La libido femenina toma entonces dos direcciones:

- La de encarnar la falta fálica del hombre. Entra en juego con el hombre para hacerse su falo. A eso se le llama "mascarada", la mascarada femenina.
- El aspirar a un goce otro que el fálico y eso es lo que hace que no esté totalmente ocupada por el hombre en la mascarada.

En su relación con el hombre, la mujer conjuga los dos goces, por ello puede, además de hacerse falo para un hombre y gozar de ello, puede hacer del hombre su Otro absoluto.

Decíamos que el jugar con un hombre de una mujer pasa por la mascarada. Una definición clara de la mascarada la da C. Soler al decir que la mascarada, es la estrategia de una mujer para ajustarse al fantasma del hombre para coincidir con su objeto de deseo.

Para ello tiene que hacer concesiones, pero son concesiones que no son desinteresadas porque apuntan a una falicización, apuntan a convertirse en el falo que repare su falta en ser.

La concesión es a cambio de que la instituya como falo, dándole así una identidad: la identidad fálica

La dimensión imaginaria de la mascarada pasa por la apariencia femenina

Cuando se dice: “Es muy femenina” quiere decir que hay en su modo de hacer, de hablar, de vestirse, de gesticular... aires femeninos. (C. Soler)

Estos “aires cambian según las épocas y las modas, dependiendo de la idea que en cada época se tenga de lo que tiene que ser una mujer.

En la actualidad hay tendencia a darse “aires de sexo”, como dice Lacan, por eso lo que describió Freud como degradación de la vida amorosa, propia de lo masculino, en la que se da la separación entre el objeto de amor y el de goce, lo podemos escuchar hoy en los decires de las mujeres.

La mascarada es un intento de la mujer de ajustarse al deseo del hombre. Pero eso tiene una dificultad, la dificultad que pasa por el desconocimiento de dicho deseo, pues el fantasma es particular y no obedece enteramente a los gustos de una época.

Una mujer puede rechazar la mascarada, pero si la rechaza, no hace posible la pareja con un hombre, pues el deseo está dirigido por el fantasma.

Pero, como decíamos antes, no es obligatorio consentir, no hay obligación de estar en pareja.

Eso es lo que se repiten muchas mujeres en la actualidad, mujeres que rechazan entrar en el juego de la mascarada femenina y a la vez se duelen de la dificultad de encontrar la pareja con la que compartir la vida, o también, la soledad.

La sustracción de goce causa del deseo es lo propio del hablante, la castración con el empuje a la recuperación fálica es lo propio del hombre, lo propio de la mujer no es la castración, sino el amor, la demanda de amor que es

insaciable, porque detrás de la demanda está el agujero del Otro. Y porque está el agujero del Otro, el amor de las mujeres pide palabras, palabras de amor, palabras que le digan qué es ser una mujer. Este tema fue ampliamente desarrollado por Lacan en *Encore*.

Las dos formas de goce definidas por Lacan: el todo y el no-todo fálico son independientes de la elección de objeto. La sexuación entendida como elección de un modo de goce, constituye la identidad de goce de hombre y mujer pero no implican que un hombre elegirá a una mujer o viceversa. Y, sobre todo, no implica que se elija el modo de goce en función del sexo anatómico.

Desde que se tiene conocimiento de la civilización, las mujeres son tratadas como un enigma al que se responde con la dominación a falta de otra respuesta. Se puede constatar una misoginia propia de la civilización, al no encontrar la respuesta a lo que es tratado como enigma.

Pero no se trata de ningún enigma, ya que todo enigma convoca un sentido. Se trata de un real que hace agujero en lo simbólico y por lo tanto, fuera de sentido.

¿Escapó el psicoanálisis a esa misoginia?

Sabemos que a Freud se le acusó de misógino por sus comentarios sobre la mujer, en particular en los textos del *Malestar y Psicología de las masas*.

Pero precisamente en estos textos es en donde Freud nos da la clave para entender el beneficio para la civilización del deseo femenino.

Porque Freud fundamenta este deseo en el lugar fundamental que tiene el amor en la economía psíquica de la mujer, lugar equivalente al que tiene la castración para el hombre.

Por ello lo califica de posesivo, celoso y singular.

Sí, es posesivo y celoso, pero nos quedaremos con la característica de lo singular, que es lo que lo hace benéfico para la civilización.

Freud opone el amor al Uno, al líder, el amor que une a los hombres entre sí a partir de un ideal, al amor singular de las mujeres.

Es lo que él llama la asocialidad femenina, que rompería los lazos que anudan lo social por la preferencia de lo particular. Pero esa asocialidad femenina no es más que una resistencia de las mujeres a la psicología de las masas, por lo tanto, bienvenida sea.

El amor del Uno que genera lo semejante es lo que sostiene la masa y despoja al sujeto de su deseo propio y de su juicio, tal como sostiene Freud en Psicología de las masas...

Por lo tanto no creemos que la tendencia al todo fálico sea lo ideal del lazo social.

El empuje al amor singular de la mujer debido al sostén identificatorio que le posibilita sería según F, un factor de resistencia a los lazos sociales.

Es decir, el Eros femenino, paradójicamente a la función de unión de Eros, empujaría a la disgregación de los lazos sociales a favor de la unión singular.

Lacan no ve en esto un problema sino todo lo contrario.

Nos dice que las mujeres potencian el lazo del amor singular, sea en la pareja, la familia o el saber, y no el lazo con el amo líder gregarista. Este lazo, que desarrolla Freud en Psicología de las masas y análisis del yo, es el principio de todo totalitarismo ya que deshace todos los lazos singulares en provecho de la masa. Hay que decir que Freud lo sufrió en sus carnes.

Tenemos el Eros de lo singular y el Eros de la masa en franca oposición.

El amor de la mujer apunta a lo singular y en ese sentido puede ser un antídoto al empuje actual al uno fálico, es decir al borramiento de la diferencia, al velamiento del goce otro del goce no-todo fálico.

Si la mujer teme tanto la pérdida el amor como el hombre la castración, la defensa de Eros será una prioridad para ella.

Y Eros, según Freud, es el gran pedagogo.

La mujer quiere amor, pero sobre todo quiere saber, saber aquello que ella es como mujer.

Ese querer saber es motor de la civilización como se ha puesto de manifiesto no solo cuando las mujeres accedieron a la igualdad de derechos subjetivos sino también desde siempre pues, la histeria, fundamentalmente femenina, inaugura un discurso cuyo motor es hacer trabajar al Otro en la consecución de un saber.

Y como el saber obtenido nunca es el buscado, dado que el obtenido es un conocimiento que hace avanzar la civilización pero no es un saber qué es La mujer, el motor sigue funcionando. La histérica busca saber y promociona su búsqueda pero las mujeres no histéricas también quieren saber, saber que son más allá de la falta fálica.

Si bien el campo cerrado del deseo y el campo subjetivo son dos campos diferentes, no hay duda que uno repercute en el otro. Pero no hay que confundir la necesaria paridad en el campo subjetivo para permitir el pleno desarrollo de las mujeres y de su deseo, con la paridad que empuja al borramiento de la diferencia sexual, al borramiento de un goce hetero, a su forclusión y, en consecuencia, a su advenimiento como un real aterrador, porque entonces solo queda el sacrificio (humano) a los "Dioses oscuros".

El goce hétero que se sustrae al todo fálico, se escapa también a sus restricciones y, en consecuencia, confiere más libertad en el campo del amor.

Esa libertad que se escapa a las restricciones del todo, es una esperanza para la civilización.

Y aquí sí que creemos que Freud interpretó mal el lugar de la mujer en la cultura

Pues si bien El Eros de la mujer no es unificador en el sentido del Uno que hace a todos iguales y hermanos en Cristo o en el mercado, es un Eros que tiende al lazo con lo singular, es decir, un Eros que introduce la diferencia en un conjunto evitando la compacidad del Uno que sería tan mortífera como el Thanatos.

La coexistencia de estas dos pulsiones (la intrincación pulsional que dice Freud) son necesarias, porque solo de su mezcla se deriva la vida.

Por lo tanto la pulsión mortífera que Freud pone del lado de las mujeres por su efecto de disolución de la masa, se nos muestra como indispensable para que la masa no se una en el Uno que la llevaría a la desaparición del sujeto singular.

No negamos que el no-todo tiene un vínculo con la pulsión de muerte, como destacó Freud.

Pero, también sabemos, porque él nos lo dijo que el enredo pulsional es lo único que protege de la barbarie de la pulsión cuando camina sola, ya sea Eros o Thanatos.

Es el enlace de una con la otra lo que hay que sostener
El no-todo solo tiene poder mortal si uno pretende ignorarlo borrando la diferencia.

Para terminar, destacar una frase que E. Laurent dice en su texto “las posiciones femeninas del ser”:

“No se trata de hacerse amigo de las mujeres ni de susurrar la igualdad sino de restaurar la relación con la incompletud del Otro”.

La mujer es uno de los nombres del Otro.

Bibliografía:

Freud S. Psicología de las masas y análisis del yo. Vol. XVIII
El malestar en la cultura. Vol. XXI
Obras completas. Amorrortu editores

Lacan J. Seminario XX, Encore. Ed Paidós
Seminario XIX, O Peor. Ed Paidós

Laurent E. El psicoanálisis y la elección de las mujeres. Ed
Tres Haches

Soler C. Lo que decía Lacan de las mujeres. Ed No-Todo
Hombres, Mujeres. Ediciones de Foros
Hispanohablantes del Campo Lacaniano de la IF-EPFC

Rosa Roca Romalde
Verano 2019